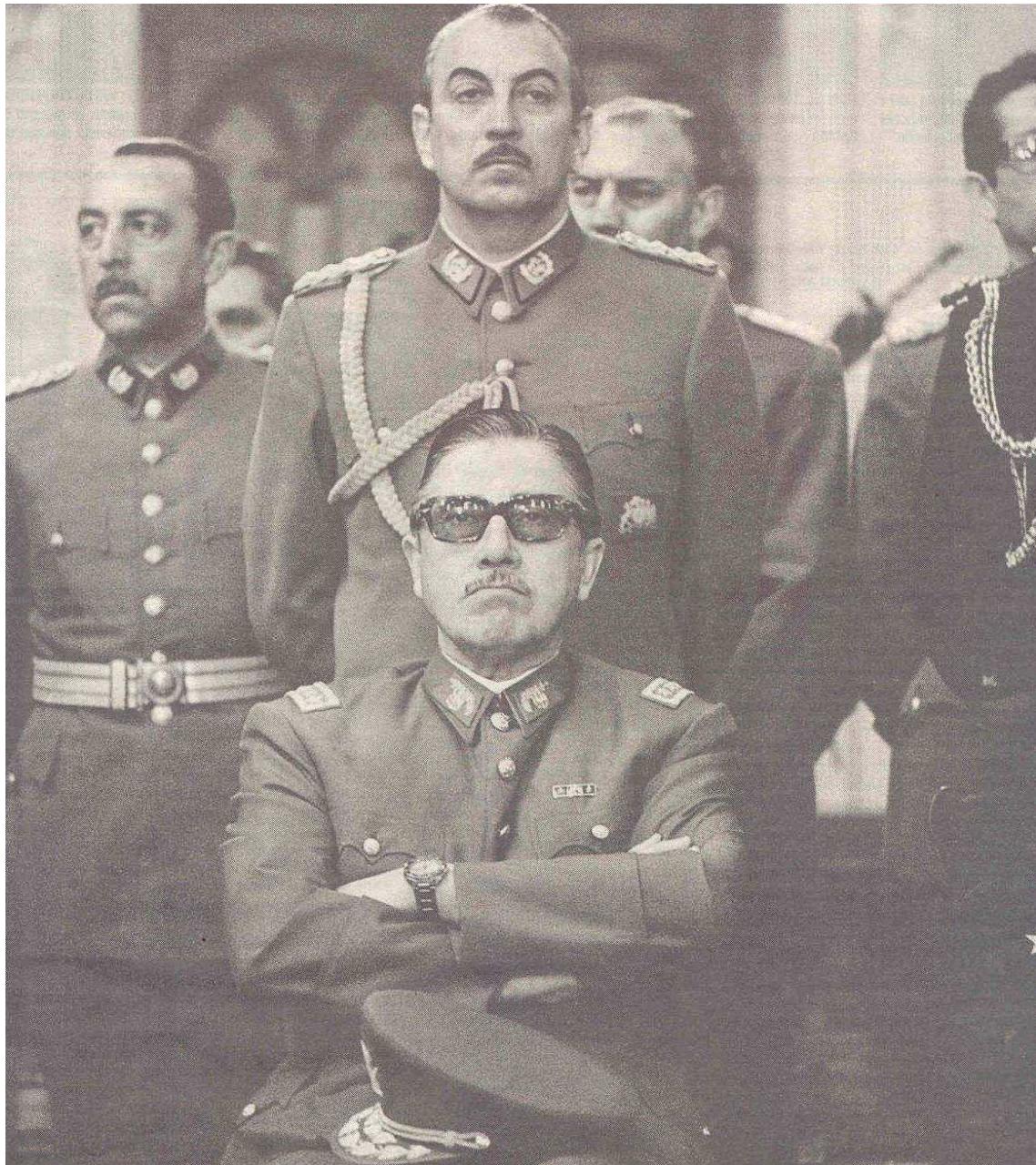


## **El tirano impune**



Augusto Pinochet, junto a sus ayudantes, el 19 de septiembre de 1973, ocho días después del golpe que encabezó.

*"La justicia, que no la misericordia  
es la finalidad de todo juicio"*  
**HANNAH ARENDT, 1961**

## El tirano impune

ERNESTO EKAIZER

Ahora que Augusto Pinochet ha muerto, y que la nostalgia efímera de una minoría ha logrado transmitir al mundo imágenes de un tiempo ya pasado, es fácil advertir que las razones más cercanas para la ausencia de una sentencia condenatoria del ex dictador, tan siquiera una sola, se remontan en parte a siete años atrás: el 14 de octubre de 1999.

Ese día, el embajador chileno Pablo Cabrera, en nombre del Gobierno de Eduardo Frei, entregaba en el Foreign Office una carta dirigida al ministro del Interior del Reino Unido, Jack Straw. En ella, el Gobierno chileno solicitaba la liberación de Pinochet por razones de salud, según una iniciativa del entonces ministro de Relaciones Exteriores, Juan Gabriel Valdés. El ex dictador llevaba un año bajo arresto domiciliario en Londres como resultado de una orden de arresto internacional cursada por el juez Baltasar Garzón. Tanto los jueces de la Cámara de los Lores (equivalente al Tribunal Supremo) como el magistrado a cargo del procedimiento de extradición, ya habían sentenciado que la entrega de Pinochet a las autoridades españolas era conforme a derecho.

"El Gobierno de Chile hace presente respetuosamente que la tensión nerviosa derivada de la comparecencia en un juicio de la naturaleza contemplada en España tendría consecuencias desastrosas sobre la salud del senador Pinochet y, en cualquier circunstancia, sería injusto y opresivo ordenar su extradición con tal propósito. Por tanto, sería apropiado que el ministro, teniendo en cuenta consideraciones humanitarias y de compasión, ordenara la puesta en libertad del senador Pinochet para que pueda regresar a Chile"; decía la nota oficial. La misma era acompañada por una copia de varios exámenes médicos.

Para reforzar su petición, el escrito advertía a Straw de que tuviera en cuenta "la posición del Reino de España respecto al tema de la salud del senador Pinochet. El Gobierno español ha informado al Gobierno chileno que respitará cualquier decisión que determine el proceso legal o que tome el Gobierno británico en consideración de razones humanitarias de detener la extradición a España y permitir su retorno a Chile".

Esa nota había sido precedida siete días antes, el 7 de octubre de 1999, por la entrega de una carta personal del presidente Eduardo Frei al primer ministro británico Tony Blair. "El fallecimiento de Pinochet en Londres podría provocar un daño al proceso de transición e interferir en el proceso de reconciliación", señalaba el presidente chileno.

Fue Straw quien, tras una decisión política de Blair, dirigió la puesta en escena de la liberación de Pinochet, ya que correspondía al ministro del Interior resolver sobre la extradición. El 5 de noviembre de 1999, Straw comunicó a la defensa de Pinochet la solicitud del Gobierno chileno y preguntó si el ex dictador estaría dispuesto a someterse a un examen riguroso a cargo de un "Médico o médicos de renombre internacional. Al tiempo, en una carta al Gobierno chileno, avisó: Para justificar un curso excepcional (interrumpir el procedimiento y dejar en libertad a

Pinochet), el ministro necesitará definir la situación del estado de salud del senador Pinochet".

Un equipo de expertos designado por el Ministerio del Interior consideró que Pinochet padecía de un deterioro moderado / severo de funciones más allá de lo que correspondía a su edad. Pero el veredicto final lo dictó una consultora que no formó oficialmente parte del equipo y cuyo dictamen fue añadido al informe general como anexo. "No hay pruebas de que el general Pinochet sea capaz de afrontar las complejidades legales de un juicio", concluyó la doctora María Wyke.

El 2 de marzo de 2000, poco después de que el avión de Pinochet despegase de suelo británico, Straw se dirigía a la Cámara de los Comunes. "No se me escapa que la consecuencia práctica de rechazar la extradición del senador Pinochet a España es que probablemente él no será juzgado en ninguna parte, herida que inevitablemente sentirán aquellos que sufrieron la violación de los derechos humanos en Chile durante el pasado, así como sus familiares. Si no hubiese sido por la patente incapacidad del senador para someterse a juicio, siempre según el resultado del recurso de amparo por él presentado, hubiera sido extraditado a España. Pero a la vista de las pruebas sobre sus condiciones de salud he llegado a la conclusión de que un juicio contra él por las acusaciones que se le hacen, aun siendo deseable, simplemente ya no era posible".

"Yo sospeché desde el primer momento que Pinochet estaba simulando. Por esta razón, cuatro días después de regresar a Santiago, solicité la anulación del fuero parlamentario que le protegía para tomarle declaración y eventualmente imputarle por su participación en los asesinatos y secuestros del caso Caravana de la Muerte" explicó el pasado miércoles 13, en una conversación con este periódico desde Santiago, el entonces juez Juan Guzmán.

Pero Pablo Rodríguez, abogado de Pinochet, antiguo dirigente del movimiento fascista Patria y libertad en los años setenta del siglo pasado, sabía que tenía un arma letal entre las manos, aquella que le había servido la decisión del Gobierno británico. Rodríguez recurrió a la Corte de Apelaciones de Santiago para que se sometiera a su cliente a exámenes médicos antes de que se procediera al desafuero. Según señaló en su escrito, el equipo médico británico sostenía que el general no estaba en condiciones de ser sometido a juicio. En todo caso, la estrategia de Rodríguez era ganar tiempo. Y aunque ésta es una regla de oro en el derecho penal, el caso de su paciente, con 84 años de edad, lo pedía a gritos.

"Es verdad que el juez Guzmán no se creyó desde el comienzo la película de Pinochet. Pero la defensa utilizó a fondo un argumento que venía avalado por el Reino Unido. Pablo Rodríguez sabía que en cierto momento quizás no a la primera, pero sí más tarde, el argumento terminaría por calar", explicó a este periódico la abogada de derechos humanos Carmen Hertz, actual embajadora de Chile en Budapest.

Por aquellos mismos días, el 11 de marzo de 2000, Ricardo Lagos asumía la presidencia de Chile. José Miguel Insulza, su ministro del Interior y actual secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA), tenía una idea precisa de los límites en los que se movería el flamante caso Pinochet, según se lo explicó a sus colaboradores. El ex dictador sufriría la pérdida de su fuero parlamentario, y punto. Para Insulza, uno de los políticos más realistas y pragmáticos de Chile, ir más allá de ese acto simbólico equivalía a un sacrilegio.

El 7 de abril de, 2000, la Corte de Apelaciones de Santiago rechazó por 11 votos contra 10 ordenar exámenes médicos antes de definir si cabía o no cancelar el fuero de Pinochet. Y el 23 de mayo, la Corte, por 13 contra 9, resolvió

cancelar el fuero de Pinochet. La defensa recurrió inmediatamente ante la Corte Suprema y redobló la solicitud de exámenes médicos.

El 25 de julio, los supremos, como se les llama en Santiago, rechazaron la petición por 11 votos contra 9. Y el 8 de agosto, la Corte Suprema hizo público el fallo sobre el fondo: Pinochet era despojado de su fuero por 14 votos contra 6.

Los jueces lores habían anulado en el Reino Unido su inmunidad; los jueces chilenos le quitaban ahora el fuero parlamentario. Pero esta última decisión sólo afectaba a un caso: la Caravana de la Muerte. Habría que repetir el mismo procedimiento en las más de 300 causas que aguardaban al ex dictador, y luego, ya en la instrucción de las mismas, resolver las apelaciones sobre procesamientos y otras decisiones, en la Corte de Apelaciones, y más tarde en la Corte Suprema. En otras palabras, la defensa de Pinochet tenía capacidad para colocar a la justicia en el laberinto y la edad como recurso final. Era el proceso de Kafka al revés. El ex dictador y sus abogados se garantizaban la extinción *de facto*, en vida, de las responsabilidades penales.

El juez Guzmán, dada la avanzada edad de Pinochet, estaba obligado por ley a ordenar exámenes médicos antes de tomarle declaración. Por fin, después de un auto de procesamiento anulado, los exámenes tuvieron lugar a mediados de enero de 2001. El dictamen pactado por los médicos oficiales y los peritos adjuntos designados por el juez acordaron un diagnóstico de "demencia subcortical de origen vascular de grado leve a moderado". Pero en el dictamen escrito elevado al juez, elaborado a espalda de los peritos adjuntos, la demencia había pasado a ser de "severidad moderada".

El 23 de enero de 2001, el juez Guzmán pudo comprobar que sus sospechas no eran infundadas. Pinochet estaba en condiciones de seguir las preguntas, responderlas y consultar con sus abogados. Y tras la declaración decidió que Pinochet había participado, en calidad de autor-inductor, en los 75 crímenes de la Caravana de la Muerte.

Aquí, en este campo, se jugaría, aparentemente, el partido. El abogado Pablo Rodríguez solicitó en un recurso el sobreseimiento temporal. Si bien, razonaba, el Código de Procedimiento Penal chileno considera razones eximentes de la responsabilidad la demencia o locura de una persona, al tiempo no establece el grado de demencia. Era necesario, pues, considerar el concepto de demencia en sentido "técnico".

Los rumores apuntaban a un fallo de dos en contra del recurso y uno a favor, lo que sería anunciado el 3 de julio de 2001. Pero dos días antes, Pinochet fue internado en el Hospital Militar. La sala de la Corte de Apelaciones aplazó su veredicto. Finalmente, los jueces lo anunciaron el lunes 9 de julio. Sorpresa, sorpresa. Dos a favor de Pinochet, uno en contra La magistrada Amanda Valdovinos cambió su decisión y formó mayoría con Cornelio Villaroel contra el juez Hugo Dolmestch.

A partir de este fallo, en todo los procedimientos contra Pinochet se repitió el mismo patrón de conducta. Pinochet ya las tenía todas consigo. El 4 de julio de 2002, con ocasión de un viaje del ex dictador a Iquique, una periodista del diario *El Nortino* preguntó a Lucía Hiriart, la esposa de Pinochet:

-¿El general ha viajado a Iquique por decisión personal?

-Por supuesto, pues, linda ¿Cómo no va a ser por decisión personal si él es dueño y señor de decidir? ¿Usted no creerá esa estupidez de que está loco o demente?

La gente leyó en la capital chilena la información, que fue objeto de comentarios jocosos, y los jueces fueron avisados, pero no tuvo efectos. Con todo, la omnipotencia jugó una mala pasada al general.

Fue con ocasión de cumplir los 88 años, el 25 de noviembre de 2003. Ese día concedió una entrevista al canal de televisión WDLP-22 de Miami, donde contestó con normal lucidez las preguntas de la periodista.

"En todas las luchas políticas del mundo hay excesos y hay gente que no se controla, así que es posible que yo haya tenido excesos", explica Pinochet. "Perdón, ¿de qué?, ¿de qué íbamos a pedir perdón?, ¿de que íbamos a transformarnos en otra Cuba? Perdón deberían pedirme ellos a mí... La justicia no ha sido justa. Ahora estoy esperando que la justicia divina actúe", agregó, no sin antes admitir que gozaba de buena salud.

La entrevista fue una provocación. Los jueces de la Corte de Apelaciones y de la Corte Suprema revisaron en los nuevos casos contra Pinochet sus decisiones sobre el estado de salud. Los procesamientos comenzaron a multiplicarse. Pero las dilaciones procesales aplazaban las sentencias.

"Creo que el juez Alejandro Solís, que instruye el caso de los detenidos del campo de concentración de Villa Grimaldi, era quien más cerca de condenar a Pinochet estaba. Solís condenó a Manuel Contreras (ex jefe de la DINA, la policía secreta del dictador) y se aprestaba a hacerlo después de procesar a Pinochet por su participación en el delito de torturas. Pero le faltó tiempo. Pinochet debía haber vivido un año más como mínimo para una sentencia condenatoria de primera instancia del juez Solís", explica a EL PAÍS Alfonso Insunza, un abogado de 62 años que ha pasado 30 en diferentes causas, la del asesinato del español Carmelo Soria, entre otras. "Le faltó un año...", insiste.

El juez Guzmán estima que las dilaciones procesales explican sólo una parte de la incapacidad para condenar a Pinochet. "Faltó voluntad jurisdiccional. Los jueces fueron cómplices de Pinochet durante la dictadura, al rechazar más de 10.000 *hábeas corpus*. Siempre me pareció que Pinochet jamás sería condenado. Cuando lo intenté y me encontré con un muro infranqueable en la Corte de Apelaciones y en la Corte Suprema resolví, a mediados de 2005, solicitar el retiro".

Con todo, el regreso de Pinochet a Chile en marzo de 2000 activó centenares de causas y lanzó a varios jueces en la investigación de los crímenes. "Es verdad que faltó una sentencia condenatoria. Pero tampoco es cierto que Pinochet murió como Franco. Durante los seis años que pasó tras su arresto en Londres, el muro de impunidad política y social de la que gozó siempre se derrumbó, aseguró a este periódico Cándido Conde-Pumpido, fiscal general del Estado, tras su reciente visita a Chile.

### **"Te recuerdo Amanda"**

Uno de los símbolos de la época de la Unidad Popular fue el cantautor Víctor Jara. El mismo día del golpe militar fue confinado en el estadio Nacional, sacado cinco días después, acribillado a tiros y arrojado su cadáver a la cuneta. Había nacido 43 años antes en el seno de una familia muy modesta, Pasó por un seminario, se acercó a la Democracia Cristiana para militar finalmente en el Partido Comunista de Chile.

Participó activamente en las campañas electorales de la UP. Fue nombrado embajador cultural del Gobierno de la Unidad Popular. Durante su detención en el estadio, que desde 2003 lleva su nombre, compuso el poema *Somos cinco mil*.

De su madre Amanda, de origen mapuche, había heredado el gusto por la música y la guitarra con la que dio los primeros rasgueos de su carrera musical. Precisamente, su canción más conocida es *Te recuerdo, Amanda*, un homenaje a sus padres: "Te recuerdo, Amanda, / la calle mojada, / corriendo a la fábrica/ donde trabajaba Manuel. / La sonrisa ancha / la lluvia en el pelo, / no importaba nada / ibas a encontrarte con él".



El dictador chileno conmemora en septiembre de 1988 el decimoquinto aniversario del golpe.

	<p><b>1973. EL RELEVO.</b>-El general Carlos Prats, leal a Allende, fue quien sugirió el nombre de Pinochet para que le remplazara al frente del Ejército.</p>
	<p><b>CON EL TRAIDOR.</b>- El Presidente con Pinochet días antes de que éste encabezara un golpe de Estado que acabó con la vida de Allende.</p>
	<p><b>LA MONEDA.</b>- El 11 de noviembre de 1973,el golpista Augusto Pinochet ordena bombardear La Moneda, sede del palacio presidencial.</p>
	<p><b>EL PODER VISTE UNIFORME.</b>- Nueve días después del golpe, el general celebra la fiesta de la independencia con sus connilitones.</p>
	<p><b>LA REPRESIÓN.</b> – El estadio Nacional de Santiago fue usado por los golpistas como campo de concentración para miles de opositores.</p>



**1974. MUERTE DE PRATS.** – El 30 de diciembre, una bomba acabó con la vida del general Prats y su esposa en su exilio de Buenos Aires.



**DICTADORES.** – Pinochet, con el presidente paraguayo Alfredo Stroessner, en Santiago. Años Después Stoessner se exilió en Brasil.



**1976. ATENTADO CONTRA LETELIER**  
En Washington, Orlando Letelier, ex embajador de Chile, y su ayudante, victimas de una bomba.



**1988. LA GRAN DERROTA.** - Pinochet, perdió el referéndum convocado para legitimarse en el poder, lo que abrió paso a la democracia.



**1998. EL ÓRDAGO DE GARZÓN.** - Pinochet fue detenido en octubre en Londres a instancias del juez Garzón, Que le acusó de genocidio.



#### CON SU AMIGA MARGARET.-Lady

Thatcher visita a su amigo en Londres, en marzo de 1999. Tras 503 días de arresto pudo salir del Reino Unido.



2005. CAREO. –El ex jefe de la policía secreta Manuel Contreras y Pinochet se enfrentaron en un careo sobre el papel de ambos en la represión.



#### 2006. HOMENAJE A LOS DESAPARECIDOS. –

Retratos y flores en cementerio de Santiago en memoria de las víctimas de la represión.



#### MUERTE EN SANTIAGO. El Pasado

11 de diciembre, el dictador chileno Augusto Pinochet fallecía a la edad de 91 años.



#### RECORDANDO A ALLENDE. –

Concentración en Madrid en recuerdo de Salvador Allende el mismo día del funeral en Santiago por Pinochet.



#### EL DESAFÍO DEL NIETO. – El capitán

Augusto Pinochet es expulsado del ejército por su discurso golpista en las exequias de su abuelo.



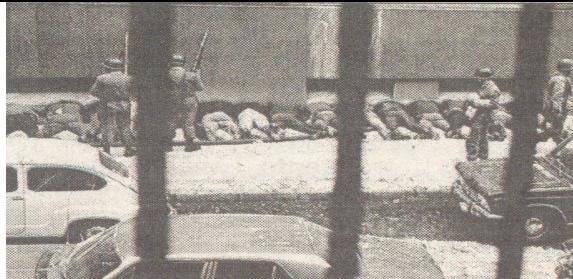
**Allende, Bartulín y un escolta, en las puertas de La Moneda, pasadas las 10 de la mañana antes del comienzo del bombardeo del palacio.**



**El bombardeo de la sede Gubernamental, que comenzó a las 11.50, causó terribles destrozos en el palacio, situado en el centro de Santiago,**



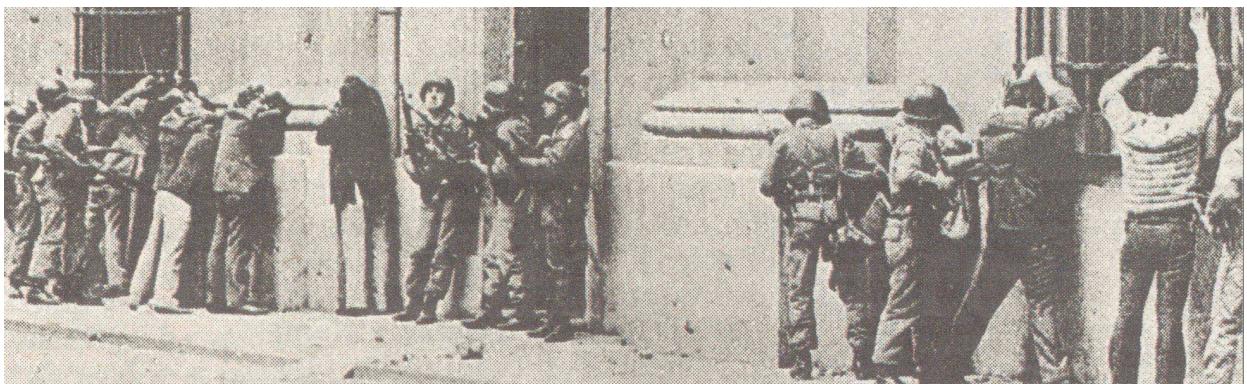
**Bomberos y soldados trasladan el cadáver de Salvador Allende cubierto por un poncho. Murió después del bombardeo hacia las 13.30.**



**Tendidos en el suelo, los ocupantes de La Moneda son vigilados por los soldados. Las operaciones habían acabado a las 18 horas.**



Trabajadores y colaboradores de Allende, refugiados hasta entonces en La Moneda, son detenidos por los militares después de haber salido del edificio, que fue bombardeado por la aviación durante más de media hora. Treinta y tres personas decidieron quedarse con el presidente.



La detención de militantes de la izquierda, o funcionarios cercanos al Gobierno derrocado, fue masiva durante el cuartelazo. El embajador norteamericano en aquella fecha, Nathaniel David, escribiría después que las cifras "más fiables" oscilan entre 3.000 y 10.000 personas detenidas.

## Las miserias del "boom"

La política económica del dictador no redujo las enormes desigualdades sociales

"Si hay que cortar la cola al perro es mejor cortársela entera, de una vez", le explicó Milton Friedman, de la Universidad de Chicago, a Augusto Pinochet el 21 de marzo de 1975 en Santiago. "¿Sabe quién dijo esto? El canciller alemán de la posguerra Ludwig Erhard", añadió. El profesor había llegado a Santiago invitado por el equipo económico de la dictadura. *Los Chicago boys*.

Friedman prosiguió: "Es muy apropiado para la situación actual de Chile. Usted tiene que elegir entre dos males: un breve periodo de desempleo o una tasa alta de desempleo a largo plazo. Mi opinión es que un plan gradual para terminar con la inflación será muy doloroso durante mucho tiempo. Me temo que el paciente no sobrevivirá. Lo mejor es un tratamiento de *shock*".

Un mes después, en abril de 1975, la junta militar definió la lucha contra la inflación como una cruzada equivalente a la que desde 1973 venía aplicando contra miles de opositores a la dictadura. En paralelo al objetivo de extirpar el llamado *cáncer marxista* a través de la más despiadada y generalizada represión, Pinochet se aplicó a atacar la inflación. Friedman ganó ese año el Nobel de Economía, mientras que Pinochet cosechó los resultados inmediatos del tratamiento de *shock*. Las recomendaciones de Friedman (recorte del gasto público, reducción de las tarifas arancelarias, precios libres, anulación de las trabas a la inversión extranjera, venta al sector privado de centenares de empresas industriales y libertad de las multinacionales para repatriar a sus casas matrices la totalidad de sus beneficios) provocaron una caída del 15% en el producto interior bruto, la producción industrial se redujo casi un 30% y el poder de compra de los salarios retrocedió hasta representar el 40% de su nivel de 1970.

Tres años más tarde llegó la recuperación. Entre 1978 y 1981, la economía conoció un crecimiento anual acumulado del 32%. Pero lo que Friedman no anticipó es que bajo la recuperación económica tuvieron lugar una fortísima especulación y endeudamiento. La moneda, el escudo, vinculada al tipo de cambio del dólar, se apreció al ritmo del norteamericano. Para apartar definitivamente a los chilenos de la política había que favorecer el consumo de televisores, electrodomésticos y coches.

En el año 1982, el mismo en el cual Friedman calificó la política económica de Pinochet como la del "*milagro económico chileno*", las medidas adoptadas perdieron gas, a raíz de la caída de los precios del principal producto de exportación de Chile: el cobre. Otra vez llegó la contracción industrial y, pese a sus promesas, Pinochet se vio obligado a devaluar el escudo. El Banco Central de Chile perdió el 45% de sus reservas. "El Estado fue un instrumento decisivo para los esfuerzos de crear una economía de exportación durante los años de Pinochet y después de su salida. Aunque los neoliberales suelen imponer en algunas ocasiones las ideas liberalizadoras en el sector financiero, la reestructuración de la economía fue dirigida por una política gubernamental de desarrollo a escondidas. Aunque siempre se define a Chile como un éxito neoliberal, en realidad la transformación de Chile no fue neoliberal en su sistema de producción", escribe James Chipre, profesor de Economía de la Universidad de California.

Antes de abandonar el Gobierno, Pinochet volvió a gozar de un nuevo *boom* económico. Los gobiernos de la Concertación (socialistas y democristianos) fueron continuistas en aspectos básicos de dicha política aunque con un discurso de mayor énfasis social.

Si bien la gestión macroeconómica de Chile sigue siendo puesta como un modelo internacional, la aspiración de crear una potente economía exportadora a través del tratado de libre comercio firmado con EE UU para dar continuidad al interrumpido *boom* de finales de los años ochenta y primeros noventa se ha convertido en un espejismo.

Ni la política de la dictadura ni los cambios introducidos por los gobiernos de la Concertación han logrado mitigar las desigualdades derivadas de una distribución de la riqueza que pasa por ser una de las más inequitativas, del mundo.

"Es nuestro mayor fracaso. Después de seis años al frente de la política económica del Gobierno de Ricardo Lagos, sé que cada vez que intentábamos una redistribución más justa, un poderoso *establishment* impedía adoptar las medidas más elementales", explicó el ex ministro Nicolas Eyzaguirre en una reciente entrevista con este periódico.



Soldados observan, desde la azotea de un edificio contiguo, el bombardeo aéreo de palacio de La Moneda, situado en el centro de Santiago, durante el cuartelazo del 11 de septiembre de 1973

## Allende, " Si quedo herido, pégame un tiro "

El médico Danilo Bartulín, que vivió los últimos momentos del presidente, reconstruye el asalto golpista a La Moneda

JUAN JESÚS AZNÁREZ

El palacio de la Moneda ardía por los cuatro costados después del intenso bombardeo golpista y los milicos insurrectos ya asomaban sus fusiles por las esquinas de la calle Morande, convencidos de que ese día, 11 de septiembre del año 1973 habrían de detener al *vende patrias comunista* atrincherado en el edificio bajo asedio. En uno de los salones, el presidente constitucional de Chile, Salvador Allende, disparando con la metralleta regalada por Fidel Castro, pidió un último favor a Danilo Bartulín: "Tú has sido mi mejor y más leal amigo. Si quedo herido, pégame un tiro". "Usted es el último que debe morir aquí. Antes moriremos nosotros", le respondió Bartulín.

La traición se había adueñado de la marina en Valparaíso y después de los cuartos de banderas de todo el país. La escuadrilla que atacaba la sede del Gobierno en Santiago efectuó 14 pasadas sobre el edificio donde resistían el presidente y 32 fieles, y las 28 bombas lanzadas por los cañones redujeron a escombros parte de sus instalaciones, y las esperanzas de los combatientes.

Las tropas encargadas de expugnar el edificio obedecían al general Augusto Pinochet, que había sido nombrado jefe del ejército por sus méritos en la represión del golpe del 29 de julio contra el Gobierno socialista de la Unidad Popular. Hacia las diez de la mañana del 11 de septiembre, un edecán militar comunicó que Pinochet estaba dispuesto a enviar un vehículo para trasladar al presidente ante su presencia. Danilo Bartulín, entonces con 33 años —médico personal de Allende, su confidente

político y amigo del alma, miembro de la dirección del Grupo de Amigos Personales (GAP)—, recuerda la contestación del hombre que perdería la vida sin haber renunciado a la Presidencia. "Dile esto: que un presidente digno recibe en la Presidencia; si quiere parlamentar, que venga él aquí". Nunca pudo hablar con Pinochet, ni con el generalato alzado contra su Administración.

"Allende, con el casco puesto, estaba tranquilo, muy sereno, pero decepcionado. Los edecanes militares de La Moneda le dijeron: 'Mire, todas las Fuerzas Armadas están en el golpe, así que renuncie'. Él les responde: 'Ustedes pónganse a disposición de sus mandos, que yo me quedaré aquí como presidente'. Poco antes transmitiría por Radio Magallanes el discurso de la despedida; el pliego de cargos contra la deslealtad castrense, las ambiciones de la oligarquía nacional y su sometimiento a Washington: '¡Yo no voy a renunciar! Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad al pueblo (...) Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor'. Allende murió sin saber si su voz había sido escuchada. El bombardeo se anunció para las once y comenzó diez minutos antes del mediodía. "La primera bomba me tiró al piso (suelo) y los cristales me hicieron un corte en la mano", dice Bartulín.

¿Por qué el golpe? Quizá el proceso de reformas fue demasiado rápido", afirma el médico de Allende, que salvó la vida milagrosamente después de año y medio de detención y salvajes torturas. El exilio le llevó a México 10 años y otros 20 a Cuba, dedicado al comercio exterior.

Salvador Allende había ganado las elecciones de 1970, en coalición con los comunistas y otros partidos menores, y durante los primeros 1.000 días de su mandato ejecutó cambios que levantaron ampollas entre el empresariado y la burguesía militar y civil: nacionalizó la banca, estatalizó los sectores claves de la economía y ejecutó una redistribución agraria que en un solo año expropió más dos millones de hectáreas. Estados Unidos, todavía en guerra fría con la URSS, bajó el pulgar. Richard Nixon ocupaba la Casa Blanca; Henry Kissinger, el Departamento de Estado, y George Bush, padre, estaba al frente de la CIA. imagínese el trío", subraya Bartulín. La ultraizquierda oficialista también presionaba para imponer sus políticas en el precario Gobierno de la Unidad Popular.

Los efectos de la pinza nacional y extranjera, y la complicidad de los sectores de la Democracia Cristiana que supieron de la conspiración cuartelera, fueron fulminantes; también pesó la decisión de Allende de comunicar a Pinochet, en quien confiaba entonces, de su decisión de convocar un plebiscito sobre su mandato. Los conjurados aceleraron la insurrección para impedirlo. "La mañana del bombardeo, Allende nos reunió a todos en el salón de conferencias y ceremonias de La Moneda. Estábamos unas 60 personas, pero nos quedamos 33. Nos dijo: "Tiene obligación de quedarse conmigo solamente mi guardia personal y, si quieren, todo aquel que tenga un arma y sepa disparar". Danilo Bartulín era uno de los jefes de la guardia personal. Usaba pistola. Aquel día llevaba dos. Los helicópteros ya ametrallaban el pétreo palacio neoclásico inaugurado dos siglos atrás. "Allende dice: "Vamos a buscar los sitios de defensa: los balcones, las ventanas, donde se pueda disparar". Bartulín se despidió por teléfono de sus tres hijos, de diez, nueve y ocho años. "Papá, ¿y la guardia de palacio?, ¿y los generales amigos?". No los había.

El presidente y su colaborador se cobijaron entre dos gruesos muros, cerca de la cocina. "Allende me pide un pedazo de pan. Le doy el pedazo de pan, y como había unos pollos troceados, le dije: "Doctor, voy a cocinar porque a lo mejor no bombardean nunca". Lo hicieron pronto. La escuadrilla de Hawker Hunter bombardeó

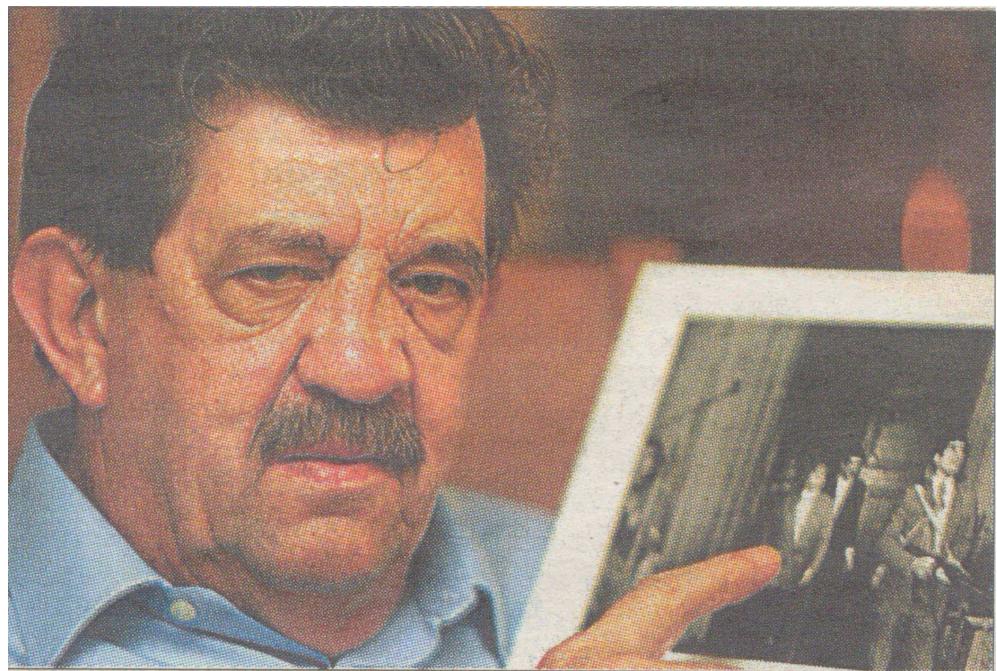
a placer al filo de las doce y durante media hora. Los dos amigos, que se habían hermanado políticamente desde los años de activismo universitario, se acurrucaron juntos para guarecerse de los impactos y ondas expansivas que derrumbaron paredes y activaron incendios en los cuatro puntos cardinales de la edificación gubernamental. Los sitiadores lanzaron bombas lacrimógenas, los sitiados se colocaron las máscaras antigás, y la gente con instrucción castrense disparó bazucas y ametralladoras pesadas sobre el escuadrón de blindados desplegado por los accesos de La Moneda. Bartulín cita al presidente impartiendo órdenes, dispuesto al martirio por la causa: " ¡Que todo el mundo dispare. No hay rendición! ".

Las bombas no mataron, pero su efecto fue demoledor sobre el ánimo de algunos leales. Doce días antes, el presidente se había reunido con dirigentes de la Democracia Cristiana, en casa del cardenal Raúl Silva, para tratar de evitar el alzamiento. Salió de la reunión abatido: "Esa gente no quiere nada" Todo indica que los democristianos ambicionaban la presidencia de la república, de manos de los militares, para Eduardo Frei Montalvo. El fiel asesor de Allende, el colaborador al tanto de sus entrevistas, agenda y cavilaciones, tuvo una idea para abortar la asonada: movilizar a la opinión pública internacional. "Doctor, nos está quedando una única salida. Usted toma un avión y se va a la Cumbre de Argel (Conferencia del Movimiento de los Países No Alineados), y luego se va a Roma y habla con el Papa", le aconsejó Bartulín. Allende había sopesado esa opción, y, durante una semana, un avión estuvo listo para despegar hacia Argel, pero los partidos no autorizaron el viaje del presidente al extranjero.

"Después del bombardeo llega un momento en que la gente que estaba en La Moneda me pide que hable con el presidente para que se rinda", revela Danilo Bartulín, por primera vez, durante la conversación con este periódico para reconstruir las últimas horas de Allende. El médico Arturo Girón, y Eduardo Paredes, ex jefe de la policía civil, junto con el responsable militar del GAP, conocido como Carlos, pidieron a Bartulín que convenza a Allende de la inutilidad de la resistencia. La Moneda era una pira, y el agua de las cañerías reventadas por la metralla caía por las escaleras e inundaba los salones y estancias de palacio, sometido a fuego cruzado. No había por dónde disparar, y los militares estaban encima. "Presidente, me hablaron para decirme que perder una batalla no es perder la guerra, y que la situación es insostenible. Allende me dijo que sí, que aceptaba la rendición". Los médicos atan un delantal blanco a una escoba y lo enseñan por una ventana. No hubo tiempo para más. Los pelotones irrumpen por la puerta del número 80 de la calle Morande. Bartulín es detenido porque se encontraba junto a ese acceso y, boca abajo, es molido a culatazos. Allende se batía en la segunda planta, y el general Javier Palacios fue a por él. Afirmó que se había suicidado. "Cualquier versión es defendible, también la del asesinato. No hay testigos presenciales", subraya Bartulín. El posterior calvario del joven chileno de origen yugoslavo que jugaba al ajedrez con Allende hasta la madrugada, que fue su mensajero en tareas políticas confidenciales y que estuvo a su lado hasta el final, sí tuvo testigos. Durante meses le aplicaron corrientes eléctricas desnudo sobre un jergón, simularon su fusilamiento, le reventaron a golpes y mil veces creyó morir a manos de unos verdugos que disfrutaron supliciándole: 'Tenías que haber envenenado al Chicho (Allende. Serías famoso)". La única notoriedad ambicionada por Danilo Bartulín fue la resultante de su lealtad al legado de Salvador Allende, del que nunca abdicó.



El presidente Salvador Allende, junto a Danilo Bartulín, y sus escoltas, salen del palacio de La Moneda para observar el sobrevuelo de la aviación golpista. Al fondo los carabineros, que abandonaron al gobernante.



Danilo Bartulín, el pasado martes en su casa de Madrid,

**El País, 17 de diciembre de 2006**